

culo para que me la meta doblada el primer maricón que se cruza en mi camino?

ÉTIENNE. Pero no...

EL GUARDIÁN. ¡He visto salir al puto español! Acabo de verlo salir de este barracón. ¡Y yo he estado aquí no hace ni dos minutos! ¡Me cago en Dios!

ÉTIENNE. No puede ser.

EL GUARDIÁN. No juegues conmigo, por tu madre, no juegues conmigo. ¿Crees que me importa una mierda que el Comandante se corra encima cada vez que oye dos notas en un violín? Yo me cago en vuestra música y en todos vosotros. ¿Me oís? ¿¿Me oís?? ¡¡Me cago en vuestra música!! Si quisiera podría hacer que mañana mismo os deportaran junto con los judíos. ¿Sabéis lo que eso significa? Os garantizo que esto es un balneario al lado de uno de esos campos de concentración. Así que no juegues conmigo. Ni tú, ni nadie. ¡No juguéis conmigo! Y en cuanto al español, por mis muertos que un día de estos tendré su cabeza debajo de mis botas. A ése se le acaba el tiempo. A ése y a todos vosotros como no os andéis con cuidado. Y eso va por los cuatro. *Coge el violonchelo. Saca una navaja del bolsillo. ¿Veis esto? Cuatro cuerdas. Una por cada uno de vosotros. Hace el ademán de cortar las cuerdas del violonchelo.*

OLIVIER. Por Dios, no lo haga.

EL GUARDIÁN. ¿Qué? Apuesto a que prefieres que corte cualquier otra cosa antes que esta cuerda. *Agarra a Olivier y le pone la navaja al cuello. Eres tan miserable que preferirías que cortara tu cuello antes que una cuerda de esa mierda de instrumento. ¿Verdad? Silencio tenso. En un rápido movimiento suelta a Olivier y corta una cuerda del violonchelo, que emite un sonido quejumbroso y seco. Amenazador, blandiendo la navaja. Tened cuidado conmigo si no queréis acabar como el Chino. Os lo advierto. Tened muchísimo cuidado. Todavía quedan tres cuerdas. Sale.*

HENRI. Hijo de perra.

JEAN. Olivier, ¿estás bien?

OLIVIER. ¿Eh? Sí, sí. Estoy bien.

ÉTIENNE. Déjame ver. *Le examina el cuello.*

HENRI. Grandísimo hijo de perra.

ÉTIENNE. No tienes nada. Si acaso un mínimo rasguño.

OLIVIER. Creo que lo tengo.

ÉTIENNE. ¿Eh?

OLIVIER. El tema.

ÉTIENNE. ¿Qué tema?

OLIVIER. El tema para el cuarteto. Lo tengo. Es un pasaje del Apocalipsis.

Oscuro.

IV

Intermède

En el patio del campo de prisioneros. Nubes amenazadoras. Frío y viento. Olivier, en cuclillas, inmóvil, observa con atención a un pequeño pájaro al que arroja algunas migas de pan negro. Al cabo de un instante aparece Pablo, moviéndose rítmicamente para combatir el frío.

PABLO. Eh, Olivier, ¿todavía estás ahí? *Silencio. Olivier no se inmuta.* Anda, vamos dentro. No se puede soportar este frío. Tiene que estar a punto de nevar. *Silencio. Olivier no se inmuta.* Vas a quedarte helado. *Silencio. Olivier no se inmuta.* ¿Se puede saber qué haces? ¿Qué tanto miras a ese pájaro? *Silencio. Olivier no se inmuta.* ¿No estarás pensando en comértelo, eh? Pablo suelta una risotada. *Olivier no se inmuta. Silencio.* Si sigues ahí terminarás congelándote. *Silencio. Pablo desiste.* Bah. Maldito loco. *Sale. Olivier permanece inmóvil observando al pájaro, que al instante echa a volar. Continúa el viento.*

Oscuro.

V

Louange à l'Eternité de Jésus

Interior del barracón. Fuera arrecia la tormenta.

OLIVIER, *lee la Biblia a la luz de una vela. A su alrededor Jean, Étienne y Henri escuchan en silencio, ateridos de frío.* “Vi un ángel poderoso descendiendo del cielo, revestido por una nube, con un arco iris sobre la cabeza. Su rostro era como el sol, sus piernas como columnas de fuego. Posó su pie derecho sobre el mar, su pie izquierdo sobre la tierra, y, de pie sobre el mar y la tierra, alzó la mano hacia el cielo y juró por Aquel que vive por los siglos de los siglos, diciendo: Ya no habrá más tiempo; pero en el día de la trompeta del séptimo ángel, el misterio de Dios se consumará”.

Oscuro.

VI

Danse de la fureur, pour les sept trompettes

En el barracón. Olivier, al piano, Henri, al clarinete, y Jean, al violín, ensayan. Entra Pablo y permanece inmóvil, escuchando durante un instante, sin que ninguno de los otros tres repare en él. Olivier interrumpe el ensayo.

OLIVIER, a Jean. Es un si bemol.

JEAN. ¿Dónde?

OLIVIER. En el cuarenta y tres.

JEAN, revisando su partitura. En el cuarenta y tres...

OLIVIER. Has tocado un la.

JEAN. Es lo que tengo escrito.

OLIVIER. Déjame ver.

PABLO. ¿Puede saberse qué clase de música es ésa?

OLIVIER. El amigo Pablo. No te habíamos oído. Acércate, hombre.

HENRI. Hola Pablo.

JEAN. ¿Cómo va todo?

PABLO. ¿No estaréis pensando en tocar eso?

OLIVIER. ¿Por qué no?

PABLO. ¿Ese ruido?

OLIVIER. Reconozco que esta parte es un poco más difícil de asimilar.

PABLO. ¿Qué dices?

OLIVIER. Sólo has escuchado un fragmento. No puedes hacerte idea de una obra oyendo sólo unos segundos.

JEAN. Olvídalo, Olivier. No pierdas el tiempo. Pablo considera que todo lo que no sea tocar La Marsellesa constituye una traición a la patria.

PABLO. Al menos tocando La Marsellesa les restregaríamos por la cara a los nazis que no podrán acabar con nuestra dignidad tan fácilmente. Se enterarían de que estamos dispuestos a luchar hasta el final por la libertad.

JEAN, riendo. Es su brillante dialéctica marxista. Hasta la última semicorchea debe estar al servicio de la causa.

OLIVIER, casi para sí. Pero si yo también intento ser libre.

PABLO. ¿Tú, Olivier?

OLIVIER. Claro que sí. Incluso dentro de este barracón es posible ser libre.

PABLO. ¿Aquí?

OLIVIER. A través de la música, por ejemplo.

PABLO, despectivo. Ah, ya.

OLIVIER. Aquí dentro tengo total libertad a la hora de componer. Todos los materiales musicales están a mi disposición y tengo el derecho y el poder de emplearlos. No hay que tener miedo si uno siente la necesidad de utilizar un acorde perfecto o una séptima dominante.

PABLO. No sé de qué me hablas. No entiendo una palabra de música. Pero eso que tocas no se parece a nada que haya oído antes.

OLIVIER. Bueno, Mozart no componía igual que Bach, ni Beethoven como Mozart, ni Debussy como Beethoven. Y sin embargo la música de todos ellos es... sublime. Yo tan sólo trato... no es que me compare con ellos, Dios misericordioso se apiade de mí,... es sólo que... intento componer... con mi propio lenguaje.

PABLO. Un lenguaje que nadie entiende.

OLIVIER. Pero si no hay nada que entender. Basta con que la música sea sincera. Cuando una música es sincera resulta difícil que no llegue también a estremecer.

JEAN. A mí me gusta.

PABLO. A ti sí porque estás tan loco como él, pero mira a Henri, ahí callado. Es imposible que disfrute tocando eso. ¿Te gusta esa música? Di la verdad. *Silencio.* ¿Lo ves? Está de acuerdo conmigo en que es una mierda.

HENRI. Yo no he dicho eso.

PABLO. Pero lo piensas. No hay más que mirarte a la cara cuando tocas esos chiflidos. Y Olivier está convencido de que es un genio.

HENRI. Estás muy equivocado.

PABLO. ¿De verdad? *Ríe.* ¿Dónde está Étienne?

ÉTIENNE, *que entra en ese momento.* Aquí.

JEAN. Justo a tiempo.

ÉTIENNE. He conseguido algunas cosas en la cocina. *Saca un bulto de entre la ropa y lo pone sobre una mesa. Lo abre.*

HENRI. ¡Zanahorias!

JEAN. ¡Y una cebolla! *Se la lleva a la nariz.* Aahh. Ese olor. Creo que voy a llorar.

PABLO. ¿De dónde has sacado todo esto?

ÉTIENNE. Pero lo mejor viene ahora. *Extrae de su ropa otro paquete, mucho más pequeño.*

TODOS, *salvo Étienne.* ¡¡Chocolate!!

HENRI. No puedo creerlo.

PABLO. ¿Cómo lo has conseguido?

ÉTIENNE. Cuestión de suerte. Anoche hubo una cena importante en la vivienda del Comandante. Ventajas de servir en la cocina.

HENRI. Hay que ver la cantidad de comida que tiran esos canallas. Hacía dos años que no veía un tomate.

JEAN. Y aquí nos peleamos por un mendrugo de pan seco.

ÉTIENNE. ¿No estáis ensayando?

JEAN. Qué va. Teníamos una conversación muy animada acerca del cuarteto. Pablo quiere incluir a Olivier en la lista de músicos degenerados.

ÉTIENNE. No te molestes, Pablo, ya se encargarán otros de hacerlo por ti.

OLIVIER. Bah, Jean, Étienne, dejadlo.

JEAN, *bromista.* No deberías ser tan condescendiente, amigo mío. Ya sabes cómo funciona. Se empieza censurando una obra y se acaba llevando al autor a un campo de concentración.

HENRI. No bromees con eso, Jean. No tiene gracia.

OLIVIER. Cierto. Ninguna gracia.

JEAN. Está bien, está bien. No he dicho nada.

PABLO. Ahora que estáis los cuatro, tengo que comunicaros algo. *Baja la voz.* El túnel está casi listo. En cinco o seis días podremos salir. Pero vamos a esperar un poco más. Hasta el día quince. *Silencio.* Lo siento, ya no puedo invitaros a uniros a nosotros. Vamos a aprovechar la presencia de la Cruz Roja para escapar. Durante vuestro concierto. Lo siento, no tenemos opción. Hemos averiguado que todas las actividades serán por la mañana salvo el concierto. Lo siento.

ÉTIENNE. Está bien Pablo, no te preocupes. Lo entendemos.

OLIVIER. Claro que sí.

PABLO. Empezaréis a tocar a las seis. Cuando terminéis será ya noche cerrada. Eso nos da una ventaja importante. Atravesar el túnel nos llevará unos treinta minutos. Si todo marcha bien, cuando suenen los aplausos tendremos más de quince kilómetros de ventaja. Y para cuando descubran que nos hemos fugado espero estar muy lejos de aquí.

ÉTIENNE. ¿Estás seguro?

HENRI. No puede ser.

PABLO. ¿El qué?

ÉTIENNE. ¿Has dicho más de quince kilómetros cuando terminemos de tocar?

PABLO. Más o menos.

HENRI. ¿Y media hora para recorrer el túnel? No puede ser.

PABLO. ¿Por qué? ¿Cuánto durará el concierto?

ÉTIENNE. ¿Olivier?

OLIVIER. ¿Cuánto? No sé... Cincuenta minutos. Quizá una hora.

PABLO. No, no, no. Imposible.

HENRI. ¿Qué es imposible?

PABLO. Necesitamos más tiempo. Más tiempo. Necesitamos por lo menos una hora y tres cuartos.

JEAN. No podemos tocar una partitura de cincuenta minutos en el doble de tiempo.

PABLO. ¿Por qué no?

JEAN. Cómo se ve que no tienes ni idea de música.

PABLO. ¡Necesitamos más tiempo! En cincuenta minutos aún estaremos a un tiro de piedra de la alambrada.

HENRI. Tendríamos que tocar otra pieza.

ÉTIENNE. ¿Otra pieza? ¿Qué otra pieza quieres tocar?

HENRI. Cualquier cosa. Podríamos hacer esa versión reducida del Tannhäuser.

ÉTIENNE. Y si te parece también la Marcha Radetzky.

HENRI. ¿Qué ocurre?

ÉTIENNE. ¿Vas a tocar Wagner después de interpretar el cuarteto de Olivier? Es un insulto.

OLIVIER. No, por Dios. Wagner nunca puede ser un insulto.

ÉTIENNE. Después de todo lo que dices en esta obra no puede sonar nada más.

JEAN. Totalmente de acuerdo.

ÉTIENNE. Ni una sola nota más. No tendría sentido.

PABLO. ¿Por qué no?

JEAN. Si la escucharas sabrías por qué.

PABLO. Ya he escuchado lo suficiente.

ÉTIENNE. Vamos a tocar la obra de Olivier.

PABLO. ¿Aún a costa de hundir nuestro plan?

ÉTIENNE. Nos acusas de algo que no está en nuestras manos.

PABLO. Os estoy pidiendo vuestra ayuda.

HENRI. Quizá Olivier podría alargar el cuarteto.

ÉTIENNE. ¿Una hora?

HENRI. O componer otra obra.

JEAN. No hay tiempo para eso.

HENRI. Reutilizando los mismos materiales.

OLIVIER. No, no. Además la obra está terminada.

HENRI. Has escrito un cuarteto de ocho movimientos ¿Por qué no de diez? ¿O de doce?

OLIVIER. No. El cuarteto es en ocho movimientos. No es un capricho.

JEAN. Doce movimientos. Es absurdo.

PABLO. Te diré lo que es absurdo. Es absurdo pretender que siete hombres se arrastren por un túnel de cuarenta y cinco centímetros de diámetro a lo largo de setenta metros para salvar la vida; es absurdo que la vida de esos hombres dependa de cuatro individuos que consideran que una música horrible, que ni siquiera se puede llamar música, está por encima incluso que la vida de sus compañeros; es absurdo que nuestra posibilidad de ser libres se vaya a la mierda sólo porque después de la obra de Olivier no puede sonar nada más, sólo porque sois incapaces de tocar más tiempo. Eso es lo que resulta absurdo. *A Olivier, que sonríe.* ¿Qué es lo que te parece tan divertido?

OLIVIER, *sin dejar de sonreír.* Al final todo se reduce a un problema de tiempo. ¿Lo veis? Cuando el Ángel haga sonar la séptima trompeta ya no habrá problemas de ese tipo.

PABLO. ¿Te estás riendo de mí?

OLIVIER. No, amigo Pablo, claro que no. Si el problema es que necesitáis más tiempo, tocaremos todo el tiempo que haga falta. Si es preciso tocaremos el Tannhäuser de principio a fin. Y el repertorio completo de vals de Strauss, padre e hijo.

JEAN. Y Espíritu Santo.

ÉTIENNE. Amén.

HENRI. Olivier tiene razón. Tenemos que hacerlo.

PABLO. ¿Entonces, puedo contar con vosotros? *Silencio.*

ÉTIENNE. Una hora y cuarenta y cinco minutos. Ni un segundo más.

PABLO. Será más que suficiente. *Silencio.* Gracias.

JEAN. Y ahora, ¿podemos seguir ensayando de una vez?

PABLO. Yo me voy.

OLIVIER. Si quieres puedes quedarte.

PABLO. No. Esto no es para mí.

ÉTIENNE. Llévate un poco de chocolate.

PABLO. Gracias.

ÉTIENNE. Y una zanahoria.

PABLO. No. Me basta con el chocolate.

ÉTIENNE. Deberías quedarte, ya que vas a perderte el estreno.

PABLO. No, gracias. Pero prometo ir a escucharos a una sala de conciertos cuando seamos libres.

Sale.

OLIVIER. Bien, ¿empezamos de nuevo?

ÉTIENNE. ¿En dónde estamos?

HENRI. Estábamos con el primer movimiento.

OLIVIER. No. Si os parece vamos al scherzo.

ÉTIENNE. ¿Cómo? ¿No ensayamos la Marcha Radetzky?

OLIVIER. Muy gracioso. Desde el principio. *Todos, salvo Olivier, reordenan las partituras y adoptan la posición para empezar a tocar. Olivier, sentado de espaldas al piano, está a punto de indicar el comienzo, pero se vuelve de repente hacia Henri.*

OLIVIER. Oye, Henri, ¿es cierto que no te gusta la obra?

HENRI. Eehh... mmm... Sinceramente... a mí quien de verdad me gusta es Mozart. *Comienza a tocar el principio del tercer movimiento del Concierto para Clarinete y Orquesta K. 622 de Mozart. Los demás se le unen. La alegría de la música lo invade todo.*

Oscuro.

VII

Fouillis d'arcs-en-ciel, pour l'Ange qui annonce la fin du temps

Interior del barracón. Olivier al piano, Étienne al chelo, ensayan.

ÉTIENNE. Olivier, no se puede tocar este pasaje con sólo tres cuerdas.

OLIVIER. ¿De verdad?

ÉTIENNE. Es imposible.

OLIVIER. Bueno, pensándolo bien no tiene tanta importancia.

ÉTIENNE. ¿Y entonces qué quieres que haga?

OLIVIER. En las partes donde no puedas tocar, haz un silencio.

ÉTIENNE. ¿En todas?

OLIVIER. Sí, en todas.

ÉTIENNE. Pero...

OLIVIER. ¿Por qué no? La música no se compone sólo de sonidos. *Olivier hace unas anotaciones en el papel pautado al tiempo que toca unos acordes.* Vamos a repetir esta parte, desde el compás dieciséis.

Étienne afina el violonchelo.

ÉTIENNE. Anoche te oí levantarte. No serían más de las cuatro.

OLIVIER, *deja de escribir.* ¿Te has fijado que a esa hora, entre las tres y las cuatro de la mañana aproximadamente, es la hora en la que los pájaros se despiertan? Tendrías que escuchar cómo cantan el mirlo y el ruiseñor en ese momento de la madrugada, rodeados de un halo de misterio, perdidos en las copas de los árboles.

ÉTIENNE. Olivier...

OLIVIER. En un sentido religioso casi podríamos estar hablando del silencio armonioso del cielo.

ÉTIENNE. Olivier, no puedes estar deambulando por el barracón a las cuatro de la mañana para oír el canto de los pájaros. Nos pones en peligro.

OLIVIER. Lo sé, lo sé. Tienes razón. *Silencio. Casi para sí.* Los pájaros son lo contrario al abismo del Tiempo. Ellos son nuestro deseo de luz, de estrellas, de arco iris, de eternidad. Su canto es algo como... *Toca algunas notas en el piano.*

ÉTIENNE. Se ha corrido la voz. Habrá mucha gente. Todo el mundo quiere escuchar tu obra. No sólo los prisioneros. Dicen que vendrá incluso algún alto mando de las SA. *Olivier apenas lo escucha, ocupado en hacer anotaciones en la partitura. Pausa.* ¿Qué crees que pasará después?

OLIVIER. ¿Eh?

ÉTIENNE. Después del concierto, ¿qué crees que nos harán?

OLIVIER. ¿Por qué?

ÉTIENNE. No sé, no... no tengo... No sé.

OLIVIER. Estaremos aquí hasta el final de la guerra. ¿Qué quieres que hagan con nosotros?

ÉTIENNE. Podrían matarnos.

OLIVIER. No. ¿Por qué motivo?

ÉTIENNE. ¿Hace falta un motivo?

OLIVIER. Si quisieran matarnos ya lo habrían hecho.

Entran Jean y Henri.

HENRI. ¡Han descubierto a Pablo y a los checos!

ÉTIENNE. No es posible.

HENRI. Alguien se ha ido de la lengua.

JEAN. Han sacado al patio a todos los del barracón y les han obligado a desnudarse.

OLIVIER. Dios mío, pero si debemos estar bajo cero.

JEAN. También les han obligado a recoger todas sus cosas. Incluidas las maletas.

HENRI. ¿Les van a deportar, Étienne? ¿Crees que les van a deportar?

ÉTIENNE. Calma.

HENRI. Podrían enviarlos a uno de esos campos de los que habló el Guardián. ¿Lo recuerdas?

OLIVIER, *que cree haber escuchado algo.* Un momento.

HENRI. Pablo era uno de los jefes. Si le torturan confesará. Les dirá que el concierto era la coartada para...

OLIVIER, *intenta escuchar.* Calla.

HENRI. ...escapar. Nos implicará a los cuatro. Nos deportarán a todos.

OLIVIER. ¡Calla, por Dios bendito, calla!

Todos guardan silencio. Solo entonces pueden escucharse a lo lejos unos gritos ininteligibles. Luego una ráfaga de metralleta que les hace estremecer. Después, silencio. Entra El Guardián.

EL GUARDIÁN, *enfurecido.* Estaréis satisfechos, ¿verdad? ¿Quiénes lo sabíais? ¿Todos? ¿Todos lo sabíais? Ya os advertí cómo acabaría el cerdo español. ¡Comido por los buitres! ¿Alguno de vosotros quiere ser el siguiente? ¿Tú, Étienne? ¿Tú, Olivier? A partir de ahora el que me toque los cojones que se prepare para hacerle compañía al españolito. Ah, y no creáis que esto cambia las cosas. Habrá inspección de la Cruz Roja. Y concierto. Todo se hará como estaba previsto. Después ya veremos qué pasa con vosotros. Hijos de puta.

Sale. Olivier cierra el piano, se quita las gafas y hunde su rostro entre las manos. Étienne, Henri y Jean permanecen inmóviles, con la expresión demudada. Silencio. Sólo se escucha el llanto desconsolado de Olivier.

Oscuro.

VIII

Louange à l'immortalité de Jésus

Stalag VIII A. 15 de enero de 1941.

Jean, al violín, Henri, al clarinete, Étienne, al violonchelo, y Olivier, al piano, interpretan el último movimiento del "Cuarteto para el fin del tiempo" de Messiaen. Conforme suena la música, cae la nieve sobre los intérpretes.

Oscuro.

31 de enero de 2005

NOTA DEL AUTOR

El 15 de enero de 1941, en el campo de prisioneros de Görlitz, en Silesia, tuvo lugar el estreno del *Quatour pour la fin du temps* de Olivier Messiaen, una de las grandes obras de cámara del siglo XX. Sus intérpretes fueron el violinista Jean Le Boularie, el clarinetista Henri Akoka, el violonchelista Étienne Pasquier y el propio Olivier Messiaen al piano, todos ellos capturados a poco de comenzar la Segunda Guerra Mundial. El mismo Messiaen relató cómo fue el proceso y las circunstancias que rodearon a la creación de la famosa obra de cámara. *Cuarteto para el fin del tiempo* recrea libremente ese proceso y lo entrelaza con otro hecho real y terrible ocurrido en el transcurso de la contienda. En el gueto de Theresienstadt (Terezin), cerca de Praga, los nazis instalaron un campo de exhibición en el que los judíos podían realizar ciertas actividades culturales como conciertos o representaciones teatrales con motivo de la visita que una delegación de la Cruz Roja hizo al campo en el año 1944. En esas circunstancias escribieron sus obras compositores como Viktor Ullmann (cuya ópera *Der Kaiser von Atlantis* llegó a estrenarse en Terezin, sin duda en condiciones aún mucho más terribles que la obra de Messiaen), Pavel Haas, Gideon Klein o Hans Krása, antes de morir asesinados en las cámaras de gas. Creo que en una y otra historia, unificadas aquí en la ficción, llegamos a atisbar el enorme poder liberador, incluso en medio del más abisal de los horrores, de ese hecho intangible y misterioso que llamamos música.

A.T.